

Va para largo

Rafael Pérez Gay

La penumbra nos acosó toda la semana. Nuestro problema es muy parecido al que tenían los mexicanos de la Nueva España: la sombra le disputa a la claridad hasta el último bastión. Los apagones sucedieron uno tras otro. La casa de usted ha tenido la mala fortuna de caer en un circuito que imagino bajo el dominio absoluto de un hombre bipolar que sube y baja un interruptor dependiendo de sus manías: si se siente feliz, abre la puerta del suministro eléctrico; si cae en el pozo de la depresión, elige esparcir la oscuridad de su cerebro varias calles a la redonda.

Cuando quiera usted volverse loco, hable a las oficinas de Luz y Fuerza del Centro. Los empleados del gobierno encargados de darnos el servicio de energía eléctrica, por el cual pagamos por ciertas cantidades escalofriantes, no apoyan mi hipótesis del hombre bipolar.

Tenemos un transformador fundido en el sector 1, de la cuadrícula 14. Va para allá un camión. Ese transformador tiene vida propia y toma decisiones caprichosas. Un día casi cedí a la tentación de hablarle de hombre a transformador y pedirle cuentas. Mientras tanto hemos vuelto a las velas y al siglo XIX. Tengo dudas: ¿el pabilo largo consume más rápido la cera?

Hace unos meses, un recibo de luz nos llevó a las oficinas más feas y desesperantes del mundo para reclamar el aumento monstruoso del costo en la luz que consumimos. Después de hacer una cola de 20 personas, una mujer que forma parte de la terrible estadística de la obesidad en México nos dijo que habíamos perdido el subsidio. De modo que estábamos subsidiados, le dije a mi mujer en voz alta y añadí: a juzgar por la calidad del servicio, la luz debería ser gratis. La mujer nos amenazó: Y espérense a los recibos que vienen. Recordé a esa mujer cuando los últimos rayos de luz entraban por la ventana y supe que su maldición se había cumplido de forma extraña y no menos cruel en nuestra vida. No sé si ya dije que hay que comprarse botas de hule, gabardinas y azadones para cuando el **agua** suba de nivel.

Agrego en esta ocasión que hay que ir a la calle de Victoria a comprar lámparas de neón para cuando se interrumpa la energía porque como decía mi madre: la cosa va para largo.

La luz no es el único inconveniente de nuestra vida diaria. El surtidor de Cutzamala racionará los últimos días de varios meses el **agua potable** que llega a la ciudad y a las casas. Lo primero que vamos a hacer es poner entre algodones a Ramos, el plomero que se hace cargo de la pequeña bomba de **agua** que impulsa el líquido y llena los tinacos de la azotea. Sin Ramos no somos nada, por eso nos importa poco que sus tarifas se acerquen a las de los gastroenterólogos de la colonia Roma.

¿Una llave gotea? ¿La bomba de **agua** suena raro? ¿Se tapó el **drenaje** de la azotehuela? Arriba de 500. Si logramos que Ramos mantenga la bomba de **agua** al centavo, sufriremos menos la sequía. Le voy a llamar personalmente y le pondré el anzuelo de un regalo de Año Nuevo. Sólo así vendrá Ramos pues no he dicho que sus visitas son muy espaciadas, como las del camión beckettiano de Luz y Fuerza.

Las autoridades recomiendan ahorrar **agua**. Es verdad. Tenemos que economizar el vital líquido (así se dice). Vi un anuncio en el cual aconsejaban meter un ladrillo al depósito del WC. Parece que con ese método se ahorran muchísimos litros, pero de momento no tengo a la mano un ladrillo. El otro día entré al cuarto y le pregunté a mi mujer: ¿no tendrás por ahí un ladrillo? No me contestó. Vamos bien: poca luz y poca **agua**. Por mucho menos, otras ciudades se han colapsado y sus alcaldes han tenido que rendir cuentas muy serias a sus gobernados, pero entre nosotros las cosas ocurren de forma muy extraña. Va para largo.

Escritor

UN RECIBO DE LUZ NOS LLEVÓ
A LAS OFICINAS MÁS FEAS Y
DESESPERANTES DEL MUNDO
PARA RECLAMAR EL AUMENTO
MONSTRUOSO DEL COSTO EN LA
LUZ QUE CONSUMIMOS

